

EL SORTEO

El desfallecido trío de ancianos se había parapetado como un manojo de huesos cansados sobre la derruida habitación del cité. Acorralados por la amenaza latente de la peste, uno de esos días decidieron que el azar resolviera el dilema que los venía atormentando desde hacía algún tiempo. Afirmados entre las macilentas sombras desdibujadas sobre la pared, metieron lentamente sus manos en la bolsa gris que había preparado el viejo de los ojos azules y sacaron lentamente con dedos temblorosos el diminuto papel que marcaría sus destinos.

- *En blanco* - señaló con cierto desgano el anciano de nariz chata mientras mostraba el rugoso papelillo a sus dos amigos y luego lo lanzaba sobre la deslucida mesa.

- *También en blanco* – repitió casi al mismo tiempo el viejo de la barba frondosa y plateada, acaso adormecido bajo la misma desesperanza de su compañero.

El anciano de los ojos azules se arrellanó con admirable serenidad sobre el maltrecho sillón y convencido de que la suerte estaba echada, optó por no sacar el último papel que quedaba en la bolsa.

- *He sido elegido para salir a la calle* - sentenció con ironía al ver el rostro desencajado de sus compañeros. Luego, envuelto en un aire de misterio cerró los ojos para buscar un poco de descanso en medio de la turbulenta realidad que lo acosaba.

Días atrás aquella menguada gavilla de ancianos contaba con cinco miembros. Azotados por el frío y la brutal pandemia que los amenazaba sin cuartel, dos de ellos habían encontrado la muerte mientras mendigaban por las calles en busca de comida. Atemorizados por aquella inesperada pérdida, los tres sobrevivientes quedaron abandonados a su suerte escondidos en la estrecha pieza de aquel cité. Allí ocultaron su

pobreza disimulando sus existencias para evitar ser sorprendidos por aquella misteriosa plaga. Alguna vez fueron parte de una familia, pero ahora sus vidas estaban sujetas al más absoluto desamparo. El tiempo les había hecho olvidar sus nombres y cada uno se reconocía por algún rasgo físico que sobresalía a la escasa luz que lograba penetrar en la pequeña habitación. El anciano de los ojos azules, dotado aún de cierta reciedumbre, había asumido sin contratiempos el mando de aquel escuálido trío de ancianos. Sin embargo, la inesperada muerte de sus dos compañeros les había dejado el alma maltrecha. Acosados por la brutal amenaza que le provocaban sus miedos, deambularon varios días entre los intrincados rincones de sus conciencias buscando una salida a sus eternas miserias hasta que por fin, al amparo de la deslucida luz de las velas, una noche decidieron enfrentarse a las inevitables consecuencias de aquella pandemia.

- *Uno de nosotros tiene que salir a la calle a buscar comida* – señaló con algo de distancia el viejo de los ojos azules.

- *¡Eso sería una locura!* - exclamó de inmediato el viejo de nariz chata.- *De seguro correrá la misma suerte que nuestros compañeros*

- *¿ Tienes otra opción?* - interrumpió el anciano de barba plateada - *Si nos quedamos aquí moriremos de hambre.*

Un instante de oscura incertidumbre volvió a instalarse en la estrecha habitación. Hundidos en los desgarrados sillones que a veces les servían de camastro, los tres ancianos permanecieron en silencio explorando sus rostros demacrados buscando en sus miradas un hálito de esperanza. Presos de las circunstancias, comprendían muy bien que si uno de ellos salía a la calle sentenciaría su destino con una muerte casi segura. Enfrentado a esa angustiante encrucijada, el anciano de ojos azules recogió de pronto su enjuto cuerpo y exhalando el escaso aire que aún podía respirar se paró con dificultad del

maltrecho sillón. Tomó con inusitada determinación una raída hoja que estaba sobre la mesa y la dividió en tres pedazos. Luego, bajo la expectante mirada de sus compañeros dobló meticulosamente los papelitos y los metió a una bolsa gris.

- Entonces *dejaremos que el azar decida por nosotros* - señaló con la vaga satisfacción de haber encontrado una salida a aquella disyuntiva.

- ¡ *Qué demonios piensas hacer!* - exclamó uno de sus compañeros empujando el rostro hacia adelante en actitud de sorpresa.

- *Haremos un sorteo para decidir quién de nosotros saldrá a la calle* - respondió fijando la mirada con sus intensos ojos de color.- *He puesto tres papeles en esta bolsa y sólo uno de ellos está marcado. El destino dirá quién de nosotros debe salir a buscar comida, y cuando regrese no podrá entrar a esta habitación. Es la única forma de evitar que todos nos contagiemos.*

- ¿ *Y dónde dormirá una vez que vuelva?*

- *El cité tiene muchos cuartos abandonados. De seguro encontrará un hueco donde poner sus huesos hasta que esta plaga se acabe.*

- ¿ *Acaso no se dan cuenta que nadie volverá?* - interrumpió el viejo de la nariz chata con evidente angustia. - *Esta lotería sólo resolverá quién de nosotros morirá primero.*

Los ancianos volvieron a cruzar sus miradas confundidos por sus temores. Sabían que aquel sorteo era una miserable excusa para enfrentar la encrucijada que los angustiaba y prolongar su dolorosa agonía. Determinados a asumir con resignación el inexorable designio de sus destinos, empujaron a duras penas sus cansados cuerpos y se entregaron a las irreverentes manos del azar.

- *¿ Qué esperan para comenzar?* - reclamó el viejo de ojos intensos al ver la vacilante actitud de sus compañeros - *¿Acaso prefieren morir antes que luchar?*

Abrumados por las circunstancias, los dos ancianos extendieron por fin sus manos temblorosas y se dispusieron a sacar los papeles de la bolsa. Enseguida, expectantes y nerviosos, desenrollaron pausadamente sus dobleces.

- *En blanco* – señalaron casi al unísono y con voz plana mientras miraban desconsoladamente al viejo de ojos azules.

Cabizbajo, el viejo de la mirada azulada encogió sus hombros y movió la cabeza en señal de resignación. Sus compañeros lo contemplaron unos instantes con una mirada sombría y llena de desesperanza.

- *¡ Iré yo !* - interrumpió de súbito el hombre de nariz ancha con manifiesta congoja.
– *Soy el más viejo y ya he vivido bastante.*

- *¡ Eso no lo voy a permitir !* - replicó de inmediato el anciano de ojos azules.- *El destino me ha elegido y es preciso que respetemos el sorteo.*

Luego, aproximándose a sus dos compañeros los ayudó a levantarse de sus gastados sillones y con sus manos aún temblorosas los abrazó fuertemente, tan fuerte como sus exiguas fuerzas lo permitían, tal vez porque presentía que ese podía ser el último de sus abrazos.

- *Cuando regrese les dejaré un poco de comida junto a la puerta* - terminó por decir y enseguida se acomodó el cuerpo mientras cogía un deshilachado saco de una de las esquinas de la pieza. Luego, con el semblante apenas iluminado por los débiles latidos del alba salió sigilosamente de la habitación bajo la atenta mirada de sus compañeros arrastrando con dificultad sus pies por el áspero pasillo como si fuera un condenado a muerte. Con las manos agobiadas por el parkinson abrió la enmohecida puerta del cité y

se asomó tímidamente a la calle para no levantar sospechas de su ilícita residencia en aquel lugar. Agazapado como un animal temeroso, se sumergió por fin entre la escuálida muchedumbre que deambulaba a esas horas.

Escudriñando entre las sombras, el anciano de la nariz chata lo había seguido detenidamente con su mirada bajo una incipiente y misteriosa duda, hasta que por fin lo vio perderse en el profundo vacío de la calle. Un dejo de tristeza le arrebató el escaso aliento que aún le quedaba. Desvanecido por el cansancio y el hambre, intentó cerrar los ojos para dormir y olvidarse de sus sospechas. Sin embargo, un repentino presentimiento lo sobresaltó de súbito. Levantó como pudo su extenuado cuerpo y fijó sus ojos en la bolsa gris que habían usado para el sorteo. Aproximó de inmediato su mano temblorosa y sacó el papel que el viejo de ojos azules había dejado adentro.

- *¡ Maldición!* – exclamó con sorpresa al desenvolverlo y luego se quedó mirando con resignación el oscuro pasillo del cité por donde se había perdido su compañero mientras dejaba caer sobre el piso el diminuto papel en blanco.-